

ROBERT FISHER

BETH KELLY

*El gato
que encontró
a Dios*



EDICIONES OBELISCO

Si este libro le ha interesado y desea que le mantengamos informado de nuestras publicaciones, escríbanos indicándonos qué temas son de su interés (Astrología, Autoayuda, Ciencias Ocultas, Artes Marciales, Naturismo, Espiritualidad, Tradición) y gustosamente le complaceremos. Puede consultar nuestro catálogo en: www.edicionesobelisco.com

Colección Nueva Consciencia

EL GATO QUE ENCONTRÓ A DIOS

Robert Fisher y Beth Kelly

1.ª edición: septiembre de 2003

10.ª edición: marzo de 2024

Título original: *The Cat who Found God*

Traducción: *Lidia Bayona Mons*

Diseño de cubierta: *Carol Briceño*
sobre una ilustración de *Ricard Magrané*

Maquetación: *Carol Briceño*

© Herederos de Robert Fisher y Beth Kelly
(Reservados todos los derechos)

© 2003, 2024 Ediciones Obelisco, S. L.
(Reservados todos los derechos para la presente edición)

Edita: Ediciones Obelisco, S. L.
Collita, 23-25. Pol. Ind. Molí de la Bastida
08191 Rubí - Barcelona - España
Tel. 93 309 85 25
E-mail: info@edicionesobelisco.com

ISBN.: 978-48-1172-094-6

DL B 2196-2024

Impreso en los talleres gráficos de Romanyà/Valls S. A.
Verdaguer, 1 - 08786 Capellades - Barcelona

Printed in Spain

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada, transmitida o utilizada en manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación o electrográfico, sin el previo consentimiento por escrito del editor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Índice

El camino espiritual	9
La primavera traerá espinacas y judías	13
Lo que cuenta un hombre.....	19
Prisioneros del tiempo	23
Colas rojas al atardecer.....	29
La sombra alargada de un compañero piso.....	35
Mi hogar está donde hay comida	41
A la caza salvaje de Dios.....	45
¿Se puede encontrar a Dios en un Mercedes?	51
La vidente, el loro, el mono y el asno	55
A lomos de un yac	59
El gato sabio	63
Arrebatados de los lomos de un yac.....	69
Quién dice que no podéis volver a casa	75
Harry el sucio	83
«Yo que tú me lo creería»	89
Amad al prójimo como amáis a vuestro gato.....	95
Epílogo	103

A Curdie, que encontró a Dios

El camino espiritual



Marmalade estaba tumbado durmiendo bajo el Sol del mediodía. De vez en cuando su cola a rayas naranjas iba de un lado para otro con fuerza, lo que indicaba que tenía una pesadilla.

La dulce voz de Ellen le despertó:

—Marmalade, a comer —lo tomó en sus brazos y acarició su sedoso pelo anaranjado—. Hoy es un día muy especial. Estamos a punto de hacer algo que cambiará nuestras vidas por completo: vamos a emprender el camino espiritual —anunció.

Marmalade no estaba seguro de qué era aquello del camino espiritual, pero le parecía bien siempre y cuando le condujera a algún rinconcito acogedor o a una comida memorable.

—Tienes razón, acabo de llenar tu plato de comida.

A Ellen se le daba muy bien leer el pensamiento de Marmalade.

—Hoy tienes un interesante cambio de menú —dijo Ellen con entusiasmo.

Marmalade siempre encontraba sugerente la hora de la comida. Se preguntó qué tendría hoy: una lata de buey con sabor a hígado, una de hígado con sabor a buey, una de buey con sabor a pollo... ¡o pescado!, su plato favorito. Marmalade se llamaba a sí mismo con orgullo «el gato pez». Ellen le echaba una generosa porción de la lata que siempre sabía a carne, pescado o pollo y le añadía una abundante cantidad de Kitty Krunch. No es que le entusiasmaran esas croquetas, pero Ellen decía que necesitaba fibra para ir como un reloj. No sabía exactamente qué era la fibra, pero sospechaba que era algo que llevaba grandes cantidades de serrín. Ellen dejó a Marmalade delante de su plato de comida y éste lo miró horrorizado.

¡Estaba repleto de verdura! De repente recordó la pesadilla que le había hecho mover la cola con agitación: una gigantesca judía verde le perseguía hasta que al final era engullido por un calabacín enorme. Miró a Ellen y maulló indignado.

—Ya sé que la verdura te horroriza, pero forma parte de ser espiritual. Formamos un todo con el universo y no querrás comerte algo de lo que formas parte, ¿verdad? —preguntó Ellen.

El primer pensamiento de Marmalade fue que realmente no le importaría comérselo. Mostró su descontento sobre el contenido del plato maullando con pena e intentando cubrir esa pesadilla vegetariana con el papel de periódico de debajo del plato.

—A partir de ahora no vamos a comer nada que tenga cara —repuso Ellen en tono compasivo.

Marmalade no asociaba ninguna cara con las latas que decían contener pollo con sabor a buey, buey con sabor a pollo o pescado con sabor a hígado.

—El camino espiritual bien merece un poco de sacrificio —continuó Ellen—. Nos conducirá hasta la abundancia de Dios.

Marmalade desconocía la abundancia de Dios, pero estaba seguro de que a lo que le conduciría sería a la inanición. Se dio cuenta de que tendría que volver a cazar ratones. Se arrepintió de ese pensamiento porque sabía que Ellen ya lo habría leído.

Y, en efecto, ésta dijo:

—Y tienes que prometerme que no cazarás ratones.

Marmalade maulló una promesa de mala gana.

—Vale —prosiguió Ellen—. Y ya sé que no cazarás pájaros porque les tienes miedo.

Marmalade deseó que Ellen no lo hubiera dicho, puesto que no era bueno para su orgullo masculino. Cuando era un cachorro, llevado por la curiosidad, trepó por un árbol hasta el nido de un arrendajo. La madre arrendajo le administró con el pico un inolvidable tratamiento de acupuntura en la cocorota. Fue una experiencia humillante y espantosa. La única esperanza que le quedaba era que Ellen abandonara el camino espiritual, al igual que había hecho con otros caminos antes.

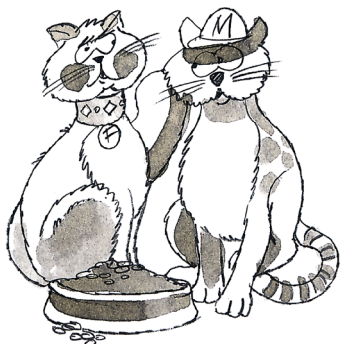
Recordó una vez, no hacía mucho tiempo, cuando su dueña les puso a los dos a dieta, afirmando que ella perdería cinco kilos en dos semanas. La dieta fue a base de ensaladas y unas sopas de lo más aburridas. Al cabo de dos semanas, Ellen había engordado cinco kilos y Marmalade

había perdido dos. Eso no fue nada agradable para Marmalade si se tiene en cuenta que sólo pesaba cuatro kilos. Se preguntó cómo había conseguido ella engordar cinco kilos hasta que un día, al llegar de la compra, Marmalade se dio cuenta de que su aliento olía a pastelillo de chocolate.

También se acordaba de aquel día en que Ellen anunció que iban a convertirse al budismo. Marmalade se lo pasó bien durante un tiempo con esa experiencia. Ellen construyó un pequeño altar en una esquina del salón y colocó velas alrededor y por todas partes. Se sentaba delante de la estatua de Buda con Marmalade y cantaba sus oraciones. Marmalade se unía armoniosamente a ella con sus maullidos. El maullido más grande de todos tuvo lugar el día en que, sin darse cuenta, golpeó una de las velas con su cola y ésta se incendió. Mientras corría como un loco por la habitación prendió fuego a todas las cortinas. Por suerte, los bomberos llegaron a tiempo de evitar que él y Ellen se convirtieran en ofrendas ardientes al dios de Oriente.

Mientras tanto, Marmalade intentaba imaginarse cómo sobreviviría a esa pasión de Ellen por la verdura. Salió de la casa antes de que Ellen pudiera leer su próximo pensamiento para ir a gorrear algo de comer a su vecina Fluffy.

La primavera traerá espinacas y judías



Marmalade corrió entre las dos casas, saltó la verja y se coló por la pequeña puerta de su gata vecina.

Se lanzó como una flecha al plato de comida, sobresaltando a Fluffy, una enorme y preciosa gata blanca que era la reina del lugar.

—En el plato pone «Fluffy» —dijo, irónicamente.

Marmalade fingió que no había oído nada y se zampó todo lo que quedaba de su cena.

Marmalade y la mofeta que se colaba a medianoche eran los únicos intrusos que preocupaban a Fluffy. Éstos habían contribuido, y de qué manera, a su ya establecida neurosis con la comida. Fluffy era la pequeña que nunca conseguía lo suficiente para comer de entre los restos de basura. Habría muerto de hambre de no ser por su dueña, Hannah, que la tuvo que alimentar con un cuentagotas. Desde entonces, Fluffy siempre pensaba que cada comida podía ser la última.

Miró a Marmalade de forma aprensiva.

—Ya sabes lo que me pasa con la comida. Vas a provocarme un ataque de ansiedad si te presentas cada día a la hora de comer.

Los bigotes de Marmalade estaban llenos de pequeños restos de la comida para gatos de su vecina.

—Fluffy, esto es una emergencia.

—¡Qué raro! —exclamó Fluffy.

Para Marmalade todo era una emergencia.

—No, de verdad, esta vez va en serio.

—¿Cómo sabes exactamente cuándo estoy comiendo? —le interrumpió Fluffy con ánimo de no ser educada con su maleducado amigo—. Primero necesitabas comida extra para recuperarte del incendio; luego tenías que ganar los kilos que perdiste con la dieta de adelgazamiento; ahora es otra cosa. Entre tú y esa mofeta me estáis arruinando la vida.

—Verdura —le interrumpió Marmalade—. Ahora sólo comemos verdura. Ellen ha emprendido el camino espiritual.

A Fluffy le dio un vuelco el corazón.

—Mi predicción es que ese camino espiritual no va a durar más de dos semanas —dictaminó Marmalade.

Pero Marmalade se equivocaba, no se había dado cuenta de lo decidida que estaba Ellen a convertirse en un ser espiritual.

* * *

Una mañana, unos cuantos días después, Marmalade salió al jardín y, para su sorpresa, vio a Ellen dando vueltas y revolviendo, arriba y abajo, los surcos que había en el suelo.

Al final, la mujer se echó sobre la tierra revuelta.

—Deberías probarlo, Marmalade, te llevará directo al cielo.

Marmalade había dado vueltas de esa forma cuando era un cachorro y creía que podía llegar a alcanzar su cola. Se preguntó qué intentaba agarrar Ellen.

Ellen se sentó con los ojos todavía vidriosos.

—Dar vueltas de esta forma evita que piense... Marmalade, me estoy volviendo loca.

Marmalade no entendía de qué se extrañaba: siempre había pensado que Ellen no estaba en sus cabales. Deseaba que dejara de dar vueltas y tirarse por los surcos porque así descubriría su decepción. Cada día, Marmalade sacaba la verdura de su plato y la enterraba entre las judías y el maíz plantados en el jardín. Si Ellen continuaba haciendo eso descubriría sus grandes cantidades secretas de abono.

Marmalade no se sentía culpable de hacer eso porque Ellen había dicho que «el plan universal está basado en el reciclaje», y él creía que si cada día enterraba su plato de verdura para que se convirtiera en fertilizante estaba contribuyendo a la obra de Dios. Por otro lado, si Ellen descubría sus triquiñuelas, podría tomar el nombre de Dios en vano, y acusarle a él, Marmalade, de culpable. Vio cómo Ellen se ponía en pie tambaleándose.

—Marmalade —dijo—, estamos a punto de dar otro paso importante en el camino... —Marmalade esperaba que eso no significara que quería dar las vueltas con él en

brazos. Si lo hacía, seguro que vomitaba y Ellen descubriría que no había comido verdura. Lo llevó hacia la cocina mientras explicaba:

—Este nuevo paso que vamos a dar es muy importante porque va a separarnos de nuestro ego.

Luego, lo puso delante de un nuevo plato de verdura.

—Tienes que separarte a ti mismo, de quien crees que eres y convertirte en alguien nuevo para ti.

Marmalade miró el nuevo batiburrillo de verdura, que Ellen llamó *ratatouille* de forma un poco aprensiva. Se preguntaba si le forzaría a convertirse en un vegetal.

—Ya sé que estás un poco confundido, Marmalade, porque tu cola está dentro de la *ratatouille*.

Marmalade pareció realmente preocupado por haber hecho eso, porque ahora tendría que lamérsela, y hasta ese momento había hecho todo lo posible por tener el menor contacto con la verdura.

—De lo que quisiera deshacerme es de que soy crítica, gordita... un poco gordita, y también un poco celosa, mandona y, a veces, dominante —dijo Ellen—. Ahora me he convertido en Ambika... que significa Madre Divina —prosiguió en tono rimbombante—. Como Ambika, voy a pensar en mí misma como cariñosa, amable, maternal, leal y paciente.

Marmalade parpadeó. En esa última descripción, Marmalade veía deslizarse con sigilo la arrogancia. A él, Ellen le gustaba más cuando era crítica, gordita y egoísta. Luego se preguntó si podría meter la cola bajo la ducha y deshacerse de la *ratatouille*.

Se acordó de su cola ardiendo y pensó que ésta había pasado por pruebas muy duras en toda esta búsqueda espiritual.

—Marmalade —intervino Ellen—, ya sé que no entiendes mucho todo esto, pero los gatos no os identificáis con vuestros egos como lo hacen los humanos. Marmalade pensó que quizá podría lavarse la cola en la piscina de Fluffy, con el cloro ya habría suficiente para que desapareciera cualquier rastro de verdura.

—Ah, sé lo que estás pensando... Tú también quieres un nombre —dijo Ellen, que había observado la animada mirada de Marmalade.